

Los escenarios narcisistas de la parentalidad: una lucha contra el duelo de la dependencia infantil

Dr. F. Palacio Espasa

Membre didàctic de la Societat Suïssa de Psicoanàlisi. Psiquiatra i Psicoterapeuta.

Traductora: Merche Ruiz Uriarte

Resumen

En este artículo se trata de poner en evidencia la relación entre los diversos conflictos de parentalidad y la propia dependencia infantil de los padres delegada al hijo, y más o menos reconocida y aceptada por el padre en los conflictos de parentalidad neuróticos o depresivo-masoquistas y más radicalmente negadas en los conflictos de parentalidad narcisista-disociados.

Los escenarios narcisistas de la parentalidad: una lucha contra el duelo de la dependencia infantil

La dependencia es una vivencia con una doble vertiente: objetal, propia de la parte adulta de la personalidad y narcisista, característica de la parte infantil.

La dependencia objetal normal se une a la cualidad social del ser humano que hace que todo adulto sabe que regularmente tiene necesidad de los otros y es tanto más consciente de ello a medida que tiene una personalidad bien afirmada y autónoma. En cambio la dependencia narcisista siempre es patológica ya que está revestida por todo el poder infantil pudiendo llegar hasta las fantasías de tipo simbiótico.

Es una perogrullada decir que un niño y sobre todo un bebé depende de sus padres, o de personas que funcionan como tales. La noción de vínculo de Bowlby (1969) y desarrollada por Ainsworth (1974), pone de relieve que un bebé está programado genéticamente para vincularse a una persona, preferentemente la misma y si es posible también de sexo femenino como lo muestran las investigaciones experimentales sobre las competencias del bebé en los 30 últimos años.

Por lo tanto sería un error confundir la vinculación del bebé a la persona con una función maternal con la dependencia de la parte narcisista infantil. En efecto, los estrechos lazos, en particular afectivos del bebé con la madre o con los padres, tienen como finalidad esencial la incorporación por parte de éste de las experiencias interactivas con ellos y las que tenga con su entorno para facilitar su desarrollo y permitir su autonomía (relativizada en función de la edad y de las circunstancias que le rodean).

Esta noción de vínculo que tiene como fin no sólo el desarrollo sino también la autonomía del niño en función de su edad, es una dimensión ignorada por ciertos popes del vínculo y de los lazos intersubjetivos a ultranza. Es esta ultranza idealizadora la que caracteriza la visión infantil de la dependencia del objeto maternal. Todo el poder atribuido al objeto maternal de la dependencia tiene sus orígenes en el narcisismo infantil defensivo contra la angustia. En efecto la angustia, el desasosiego y la impotencia del niño que vive dependiente es la expresión de la angustia más o menos amenazadora.

Dicho de otra manera, a partir de las necesidades de vinculación del bebé y del niño pequeño se construyen diversas modalidades de fantasmas de dependencia que conciernen, sobre todo a la angustia de separación de la que M. Mahler (1968) describió sus principales jalones en la fase de separación individuación. Pasaremos rápidamente por el rechazo narcisista a ultranza de toda forma de dependencia, véase de vinculación, de los bebés autistas o con graves trastornos de la relación y del desarrollo que muestran una autonomía desmedida que se inscribe

(por razones de dotación de base genética o de tipo relacional) en los trastornos graves de la vinculación.

Es difícil dar una descripción precisa sobre la naturaleza de la angustia del bebé cuando hacia los 6 meses se pone a llorar cuando su madre sale de la sala en la que él se encuentra y desaparece de su campo visual (*1ª sub-fase “de eclosión” de Mahler*). Pensamos que representa una angustia muy amenazadora y catastrófica, “agonía”, como la llama de forma gráfica Winnicott (1958). Por tanto, a partir de los 8 a los 10 meses el niño puede desplazarse a cuatro patas, y sigue a su madre mostrando así su iniciativa y su autonomía. Pero sobre todo es a partir de los 12-14 meses momento en el que el niño ya anda (*sub-fase de “práctica”*), cuando esta autonomía se hace eufórica, lo que Mahler llama “el niño vive una relación de amor con todo el mundo que le rodea”. Parece que no vive una mínima dependencia en relación a la madre que tiene que correr detrás para no perderle, sobre todo en los grandes almacenes. Sin embargo, cuando se da cuenta de que su madre no está allí, llora desesperadamente hasta su llegada mostrando así que esta autonomía eufórica se asentaba sobre la negación narcisista y la proyección de los sentimientos de dependencia sobre la madre que tenía que correr tras él. Esta “sub-fase de práctica” puede estar más o menos inhibida cuando los padres viven la actividad, incluso la hiperactividad del niño como agresiva porque presentan un conflicto de la parentalidad depresivo-masoquista. Winnicott ha encontrado de nuevo una fórmula de impacto cuando dice “Hay madres que confunden la motricidad de su hijo con la agresividad”. Estos padres impiden el “narcisismo fisiológico” del niño que rechaza la dependencia de la madre, pero espera que se encargue de él.

Será alrededor de los 15 a los 18 meses cuando esté en la sub-fase “de acercamiento” cuando el niño “se pega” a la madre y a las personas con las que se ha vinculado y presenta dificultades para separarse mostrándose dependiente de nuevo para desdicha de las madres que querían un “niño guerrero”. Sin embargo, las emociones que presenta el niño se parecen más a la tristeza que a la angustia aniquiladora. Como dicen Mahler (1968) y Jacobson (1964) el niño parece capaz de reconocer que puede perder a la madre y vive una verdadera angustia depresiva cuando está separado de ella. Progresivamente, hacia los 2 años y medio o 3 años el niño acepta cada vez mejor la separación durante la “sub-fase hacia la constancia del objeto”. Parece que asuma la ausencia de los objetos con función materna y que prefiera la compañía de otros niños. ¿Ha superado la dependencia infantil?

Es aquí cuando podemos empezar a articular las relaciones entre la parentalidad y la dependencia (Manzano, Palacio Espasa y Zilka, 1999). Hemos subrayado como el bebé durante su primer año de vida muestra la tendencia a identificarse con los aspectos alimenticios y cuidadores de la madre. Y de nuevo es la intuición

genial de Winnicott (1958) que se pregunta si el bebé de 3 meses cuando está mamando no busca identificarse con su madre cuando introduce su dedo en la boca de ésta.

Y a partir de los 8 a los 10 meses podemos observar gestos de la mano hacia la cara de la madre para consolarla cuando ésta llora en las sesiones de terapia. Estos gestos son más evidentes hacia los 14 -15 meses del bebé, aunque en esta edad la capacidad simbólica empieza a mostrarnos ostensiblemente como cuida y alimenta a la muñeca claramente identificado con el objeto materno.

Esta dimensión parental de la personalidad que concierne no solamente a las identificaciones con el objeto maternal primitivo cuidador y alimenticio, sino también con el padre protector y proveedor, se la ve tomar cuerpo de forma evidente no sólo en los juegos de los niños sino sobre todo en las relaciones con otros niños, e incluso con los adultos. Dimensión psicológica ésta que sobrepasa el marco estricto de la parentalidad para extenderse en el conjunto de las relaciones sociales. Dimensión parental evidente sobre todo en grupos diversos donde algunas personas toman posiciones de tipo parental que permiten asegurar, proteger y promover el desarrollo del grupo y de las personas que lo componen.

Estos aspectos parentales de la personalidad basados sobre las identificaciones con las funciones características de los padres (madres y padres) aparecen, a la luz de lo que precede concerniendo al bebé, como un mecanismo de defensa progresivo contra la dependencia infantil. Estas identificaciones parecen un mecanismo de transformación de pasivo en activo que Freud (1915) había descrito como característico del Yo narcisista primitivo. Tienen una función estructurante ya que aunque de naturaleza narcisista defensiva movilizan y organizan las pulsiones libidinales del sujeto para ocuparse de los propios aspectos infantiles proyectados sobre el entorno. Así pues, se trata de un narcisismo de tipo maniaco con una función claramente antidepresiva para luchar contra los sentimientos de dependencia de los propios padres.

Tal funcionamiento defensivo-maniaco matizado lo veremos también en la parentalidad neurótica como también lo vemos en funcionamiento en el niño normal a partir de la sub-fase “de la constancia del objeto” hacia los 2 años y medio y los 3 años bajo la forma del Complejo de Edipo. Las identificaciones parentales con uno u otro de los padres, le permiten soportar la separación de estos por períodos más o menos largos. De todas formas, este niño que tiene unas relaciones más o menos matizadas e integradas con sus dos padres soporta con dificultad no tener también los lazos que los padres tienen entre ellos en tanto que adultos: la sexualidad. Así es como el niño fantasea la exclusividad de la relación incestuosa con el objeto de sexo opuesto cuando se pone a rivalizar con aquel del mismo

sexo, por el lado de los mecanismos de defensa maniáco-narcisistas antidepresivos. Entra de esta manera en el Complejo de Edipo a falta de poder soportar la diferencia de generaciones y la dependencia infantil como lo había subrayado Chasseguet-Smirgel (1973).

Pero con la llegada del período de latencia y la instalación del Superyo edípico el niño rechaza los fantasmas edípicos y parece reconocer la dependencia de sus padres. A la edad de los 9 a 10 años cuando preguntamos a los chicos y chicas como se ven como padres, tienen tendencia a responder de forma conformista sobre todo las chicas, en general más conscientes que los chicos de sus deseos de ser madre: "Yo como mi mama querría dos hijos, un niño y una niña" o pueden añadir ligeras variaciones: " Me gustaría tener 3 hijos y no sólo 2". Pero en general los niños en latencia están más instalados en una posición de dependencia en la relación con sus padres que muestra unas características de relación narcisista de tipo simbiótico en las organizaciones más límite (borderline).

Es en la adolescencia cuando la llegada de la pubertad y de la sexualidad adulta lleva a la exogamia (para evitar los riesgos de incesto) y el joven debe afrontar la autonomía y la independencia respecto de sus padres lo que implica afrontar un duelo de la relación de dependencia narcisista infantil que podía ser más o menos simbiótica. "Duelo del desarrollo" (Palacio Espasa, 1993) característico de la adolescencia y sobre el que han insistido entre otros los Lauffer (1984) que han subrayado el aspecto "desmoronamiento de la identidad" (*breakown*) que comporta este duelo.

A nuestros ojos el aspecto melancoliforme y de "desmoronamiento de la identidad" (más o menos severo según la estructura de personalidad del joven) se deriva del hecho de dejar el lugar de niño junto a los padres para empezar a hacerse adulto, que conlleva una ruptura de la relación de dependencia narcisista previa. Cuanto más simbiótica sea esta dependencia más destructiva será la agresividad narcisista provocada por la frustración de las vivencias de la pérdida (narcisismo persecutorio). En general, el narcisismo en la adolescencia tiene tendencia a ser más bien persecutorio y por tanto más exagerado. De esta forma, las identificaciones con las imágenes de los padres se van a hacer con unas imágenes más o menos atacadas según la intensidad de la destructividad narcisista, lo que se va a traducir en una u otra forma de desmoronamiento de la identidad. Esto hace que la parentalidad en el adolescente sea un factor de riesgo psicopatológico importante.

Vamos a reencontrar esta defensa narcisista en la respuesta que obtenemos cuando preguntamos a un adolescente la misma pregunta "¿Cómo te ves como padre?" el adolescente a menudo responderá "Yo, en todo caso no seré nunca una madre (o un padre) tan poco afectuosa (o presente y disponible o tolerante, etc.)

como lo es mi madre (o mi padre)” Y constatamos la afirmación narcisista por la tendencia a querer ser lo opuesto a sus propios padres pretendiendo anular toda forma de sumisión o de dependencia. Es lo que le hizo decir a Oscar Wilde que “los hijos adoran a sus padres, más tarde los juzgan y raramente los perdonan”.

Así es como se empiezan a construir en la adolescencia las imágenes más o menos idealizadas de sí mismo como padre para delegar al hijo o a los hijos la del hijo ideal que el joven, o los padres más tarde, hubiera querido ser. Esta tendencia muy general le hizo decir a Freud (1914) la única vez que habló de la parentalidad, que los padres delegan a sus hijos el propio narcisismo infantil al que ellos tienen que renunciar pesarosamente. Pero habla de un narcisismo antidepresivo ya que es para proteger al hijo de los sentimientos de privación o frustraciones a los que los padres han sido confrontados. Ello supone que con la llegada de la edad adulta el adolescente se ha reconciliado poco a poco con sus padres y ha reconocido y aceptado sus límites.

Sin embargo, hay que precisar que este narcisismo paterno próximo a la normalidad tiene una finalidad defensiva: que es la de evitar al hijo los sentimientos de privación, de rigor, de sumisión que los padres han vivido como dañinos para ellos mismos. Se trata así de un narcisismo maníaco, es decir; antidepresivo por el que escapan a la dependencia del hijo en edad de latencia que no puede ser más que una copia exacta de los propios padres. Esto hace de la parentalidad una fase del desarrollo que permite el acceso a la madurez ya que permitiendo una “reedición corregida” de las buenas relaciones que los padres han tenido, o vivido haber tenido, con los propios padres, aceptando con todo sus dificultades y limitaciones.

Sin embargo, en los conflictos de la parentalidad a diferencia de la parentalidad normal, los duelos del pasado infantil con los propios parientes son difíciles de aceptar y los padres tratan de negarlos de forma más o menos radical gracias a una nueva relación con el hijo.

En los conflictos de la parentalidad de tipo neurótico la idealización narcisista maníaca (antidepresiva) tanto de la imagen del hijo como de sí mismo en tanto que padre es desmedida a fin de anular las vivencias infantiles de los padres de las privaciones, de la frustración o de opresión, etc. Esta necesidad de estos padres de hacer lo contrario que sus propios padres para tratar, gracias a las relaciones con su hijo, “de reescribir la propia historia infantil conflictiva”, muestra una mayor dependencia en relación a los propios padres de lo que parecería a primera vista.

Voy a tratar de explicar esto ya que conscientemente los padres, como los adolescentes, tratan de hacer todo lo contrario de lo que sus padres han hecho con ellos. Esta necesidad de reescribir la historia infantil pone de manifiesto por

el contrario la dependencia infantil narcisista del padre en relación a sus propios padres, dependencia que se empeñan en anular por encima de todo.

Mucho más libre y más independiente es el padre que es consciente de los límites, es decir, de las dificultades y conflictos que ha encontrado con sus propios padres, pero que reconoce y acepta ya que sabe que el ideal no es más que una fabricación del potente narcisismo infantil. Este reconocimiento de los límites y de las dificultades de sus padres le permiten corregirlas en tanto **que padre a su vez con sus propios hijos sin buscar extremos idealizados que muestran la dependencia de lo que ellos querrían negar**. El trabajo terapéutico, a menudo breve, consiste precisamente en hacerles tomar conciencia de esta dependencia de un pasado que querrían cambiar y que les encadena.

Tal dependencia de los propios padres es aún más clara en los conflictos de la parentalidad depresivo-masoquista dado que los duelos del pasado de los padres son más conflictivos ya que están cargados de culpabilidad. En efecto, estos padres que se han sentido “niños muy difíciles” para sus propios padres que los han vivido como sus víctimas no pueden más que reproducir este tipo de relación sadomasoquista para expiar grandes sentimientos de culpabilidad. Con estos padres tenemos la impresión de una repetición ineludible, tal es la dependencia que tienen de sus propios padres. De hecho, antes de ser padres temen ser padres y tener hijos porque creen que tendrán un “hijo difícil” como lo fueron ellos. Y en la mayoría de los casos el pronóstico es nefasto: su necesidad de pagar sus sentimientos de culpa en relación a sus propios padres, les va a llevar a someterse a sus hijos convirtiéndose en “víctima” del hijo difícil que tienen tendencia a encontrar en ellos mismos.

Esta dependencia en relación a sus propios padres es aún más importante en la forma más severa de esta conflictividad masoquista en la que los padres han colocado enormes reproches que nunca han manifestado abiertamente a sus propios padres que han considerado como “indignos”. Estos reproches, origen de grandes sentimientos de culpabilidad son proyectados sobre sus hijos cuando no se someten a sus demandas y exigencias para evitar a cualquier precio sentirse cerca de “la imagen indigna” que se habían construido de sus propios padres. En estos padres la sombra del “padre o padres indignos” los acosa y los atormenta mostrando así una enorme dependencia tanto de ellos como de sus hijos (como los precedentes) de los que temen merecer los reproches que ellos han albergado durante su infancia. Vemos, por tanto, un esfuerzo narcisista maníaco y antidepresivo exagerado en estos padres que aspiran a “la palma de mártires”.

Es aún más dramática, ciertamente patética, la dependencia de los padres con conflictos de la parentalidad de tipo narcisista disociado. En ellos, los conflictos

con sus propios padres que han vivido en el pasado como abandonadores, negligentes, maltratadores o abusadores, les llevan a querer negar y por tanto a ignorar las experiencias vividas durante su infancia. En sus declaraciones conscientes dicen ser, en tanto que padres, “sin conflictos, normales, como todo el mundo”, etc., y describen de la misma manera a sus propios padres así que podríamos pensar que verdaderamente han “pasado hoja” de este pasado. Sin embargo, las proyecciones negativas que hacen sobre sus hijos les fuerzan, para evitar vivir vivencias de persecución, a identificarse en su desconocimiento con unas imágenes paternas distantes, rechazadoras, por momentos incluso, abiertamente hostiles. Y entonces es cuando vemos que su pretensión de ser unos padres “sin conflictos” y “perfectos”, está basada en un narcisismo persecutorio y destructivo. La destructividad se muestra a los ojos del terapeuta sobre todo a nivel de su vida psíquica y mental enormemente empobrecida y simplificada por lo que se refiere a las experiencias afectivas de su pasado infantil. Este narcisismo persecutorio origen de una “pre-transferencia negativa” también provoca en nosotros unas “contra-reacciones negativas” lo que nos lleva a juzgarlos en lugar de tratar de comprenderlos como sería nuestra función.

Pero la dependencia de estos padres en relación a sus padres se hace evidente cuando la destructividad de su narcisismo persecutorio se pone de manifiesto en sus identificaciones con las imágenes paternas rechazadoras u hostiles.

Es aquí donde, como lo decía Freiberg (1980), estos padres a pesar de sus esfuerzos se encuentran identificados con el “padre persecutorio”, como lo vemos tan a menudo con los padres que han sido abandonados, maltratados, o abusados como hijo y que se convierten en abandonadores, maltratadores, o abusadores con una dependencia tanto más dramática cuanto que han hecho esfuerzos inusitados para escapar de la dependencia.

El narcisismo persecutorio y destructivo es también evidente en las hiper-vinculaciones de naturaleza simbiótica de algunos de estos padres cuya dependencia recíproca puede ser nociva para el desarrollo y la organización del sentimiento de identidad del hijo.

Y podemos concluir como lo hacía M.Klein (1952) a quien a menudo se le ha reprochado de no haberse ocupado más que de los padres internos y no de la acción real de los padres. Klein decía, los padres conflictivos, o malos, tienden a hacer de su hijo un niño dependiente de ellos, en tanto que los buenos padres les permiten ser libres para elegir su propia vida.

AINSWORTH, M.D.S.:

"Mother infant attachment and social development": in **Richards M.**

The interrogation of the child into the social world, Cambridge Univ. Press, Cambridge, 1974.

BOWLBY, J.: (1969)

Attachement et perte, la séparation angoisse et colore: Paris, PUF 1973, 1978.

CHASSEGUET-SMIRGEL, J.:

"Essai sur l'Idéal du Moi. Contribution à l'étude de la maladie de l'idéalité": *Rev. Français de Psychanal*, Paris, PUF 1973, 37, 5-6, P. 735-929, 1973.

FREIBERG, S.:

Clinical Studies in Infant Mental Health:

Basic Books, New York, 1980.

FREUD, S.:

Introducción al narcisismo:

Ed. Biblioteca Nueva, Madrid 1948, t. I p. 1075-1088, 1914.

FREUD, S.:

Los instintos y sus vicisitudes:

Ed. Biblioteca Nueva, Madrid 1948, t. I p 1027-1036, 1915.

JACOBSON, E.: (1964)

Le soi et le monde objectal: PUF, Paris, 1975.

KLEIN, M.: (1952)

Quelques considérations théoriques au sujet de la vie émotionnelle des bébés in Développement de la psychanalyse: PUF, Paris, 1966, p. 187-222.

LAUFE, M., EGLE LAUFER, M.:

Adolescence and Developmental Breakdown: London Yale Univ. Press, New Haven, 1984.

MALHER, M.: (1968)

Symbiose humain et individualisation, Tome I Psychoses infantiles: Payot, Paris, 1973.

MANZANO, J., PALACIO

ESPASA, F. ET ZILKAH, N.: *Les scénarios narcissiques de la parentalité, Clinique de la consultation thérapeutique*: PUF, (Traducción española), Paris, 1999.

PALACIO ESPASA, F.:

La pratique psychothérapique avec l'enfant: Bayard Presse, Paris, 1993.